

# Bernard-Henri Lévy: "Lo que ha acabado no es la modernidad, sino la neomanía"

Casi nadie se acuerda ya de que fuera un día jefe de los "nuevos filósofos". Al menos en Francia, donde Bernard-Henri Lévy asume cumplida y esforzadamente desde hace años los papeles superpuestos de intelectual de moda, líder mediático, mordaz comentarista político, abanderado de lejanas causas tercermundistas y hombre de letras que no deja flanco por cubrir (salvo, por el momento, la poesía). Tal vez por eso, en su segunda novela y último libro hasta el momento, "Los últimos días de Charles Baudelaire", B.-H. L. aborda un episodio, el final, de la vida de otro cumplido hombre de letras: Charles Baudelaire, poeta y tratadista artístico, padre de la modernidad literaria, evocado aquí a su paso por Bruselas en 1866, devorado por la sífilis.



Lévy considera que sus novelas y sus libros de filosofía manejan las mismas ideas

Para presentar "Los últimos días...", que acaba de publicar en castellano Ediciones B, Lévy se ha dado una vuelta por Barcelona: en su habitual papel demoleador, como en el hombre de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, de cada dos frases suyas sale un posible titular.

—En un reciente artículo ("Automoribundia", publicado en "La Vanguardia" el 10/3/89), usted se da por muerto en el año 2029 y traza una breve autobiografía póstuma anticipatoria. ¿Por qué?

—Creo que un escritor debe, a cada instante, rectificar su testamento y ponerlo al día.

—En ese artículo explicaba, primero, su hipotético y futuro encastillamiento en Ginebra (1994-2008) y, después, una desaparición de quince años. Pero usted es muy visible, no parece que vaya a desaparecer.

—Bien, tampoco lo escribí para ser tomado al pie de la letra. He desarrollado distintas hipótesis que hay en mí y, entre ellas está la tentación del retiro máximo, en relación a la sociedad y al universo mediático. Me fascina la figura de Albert Cohen —el autor de "Bella del señor"—, quien no salió de su apartamento de Ginebra en los últimos veinte años de su vida.

—Afirma querer escapar del universo mediático, y ha sido el intelectual de su generación que empujó a sus colegas a utilizarlo.

—Y sigo haciéndolo, pero no se me puede pedir que no sea complejo. Digamos que hay en mí dos tentaciones: la exhibición máxima y el máximo retiro.

## Filósofo y literato

—¿En qué momento se le queda estrecha la etiqueta de "filósofo" y decide convertirse en, por así decirlo, un escritor polifacético?

—Es que no he dejado de ser un filósofo, y pienso volver a la filosofía. De hecho, mis novelas y mis ensayos desarrollan las mismas ideas. Y dentro de un tiempo, si quiero seguir escribiendo novelas, tendré que volver al ensayo para refrescarme y encontrar nuevas energías. Además, hay otra cosa. Yo he escrito tres ensayos. El primero —"La barbarie con rostro humano"—, provocó el escándalo. El segundo —"El testamento de Dios"—, más escándalo aún. Y por

el tercero —"La ideología francesa"— se emprendió casi la caza del hombre en contra de mí. Si escribo un cuarto ensayo, me matan directamente. En cambio, mis novelas son bien acogidas, me dan premios, la crítica las elogia: todo va bien en el mejor de los mundos, como si yo hubiera cambiado. Pero no he cambiado.

—Se ha visto en Baudelaire al primer escritor moderno. Usted escribe una novela sobre el autor de "Las flores del mal" cuando dicen que la modernidad ha terminado. ¿Hay alguna relación causal efecto?

—¿Qué quiere decir que la modernidad ha terminado? ¿Se puede poner a los grandes escritores al servicio de las modas, las "movidas" europeas, el "look"? Baudelaire fue el primero en utilizar el término "modernidad", que para él significaba lo efímero y lo eterno a la vez, lo bello y lo contingente a la vez, como marco de referencia de la obra de arte. Y esto sigue vigente. Lo que ha acabado es la "neomanía", el culto a lo nuevo

con peligro de amnesia. Hoy sabemos que, llevado a su extremo, el culto a la modernidad linda con el totalitarismo; las vanguardias, de hecho, se comprometieron con él. Sabemos que no se puede ser sólo moderno, sino que hay que ser moderno y arcaico al mismo tiempo.

—Usted lo intenta en "Los últimos días de Baudelaire" combinando prosa clásica con estructura de puzzle.

—Es una novela que no existiría si no hubieran escrito antes Faulkner, Dos Passos y Joyce, el "Finnegan's Wake". En "Los últimos días..." son básicos la circulación del punto de vista y el no privilegiar ninguna técnica narrativa. Sartre reprochó a Mauriac su "narrador omnisciente", el punto de vista del escritor que lo explicaba todo y lo sabía todo en la novela. En esta polémica, estoy del lado de Sartre, mis libros no son ingenuos. Y también creo, con Kundera, que cuando en una novela se movilizan ideas, esas ideas deben ser relativizadas, no pueden pre-

sentarse de una forma dogmática y absoluta. Por eso en mis obras no existen personajes marcadamente principales.

—Ha presentado a un Baudelaire un tanto rastrero y pelao ante gente como Sainte-Beuve o Victor Hugo...

—Es la verdad, lo fue, y además ya estoy harto de la visión falsamente romántica de las vidas de escritores. Todos los escritores han deseado poder, éxito y gloria; no conozco ninguno, salvo, tal vez, Kafka, que sólo tuviera en cuenta el juicio de la posteridad. Proust, muy enfermo, se levantó de su cama para ir a ver al director de "Le Figaro" y pedirle que mejorase la publicidad de su libro. Baudelaire hizo elogios de malos poetas porque eran directores de periódicos y escribió cartas complacentes. Etcétera.

—¿Qué está escribiendo ahora?

—Esa es la única pregunta a la que me resulta físicamente imposible contestar.

SERGIO VILA-SAN-JUAN

"Tengo dos tentaciones: la exhibición máxima y el máximo retiro"

"Todos los escritores buscan el poder, el éxito y la gloria en vida"

la Vanguardia  
18-6-89